Domingo 3º de Adviento (2014) Ciclo B. La alegría. La alegría natural y la alegría en Cristo. Estad siempre alegres en el Señor (Filipenses 4, 4-5). La alegría de los cristianos es fruto del Espíritu Santo, que es el «iconógrafo», quien imprime en el hombre la imagen de Cristo. La alegría en María proviene de que se siente amada por el Creador. La alegría sobrenatural procede de abandonarnos en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios. El cristiano podrá purificar, completar y sublimar las alegrías naturales, pero no puede despreciarlas. La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales. Frecuentemente Cristo ha anunciado el Reino de los Cielos a partir de ellas. El hombre puede verdaderamente entrar en la alegría acercándose a Dios y apartándose del pecado.

❖ Cfr. Dom. 3º de Adviento ciclo B (2014)

14 diciembre 2014 - Isaías 61, 1-2.10-11; 1 Tesalonicenses 5, 16-24; Salmo responsorial : Magnificat, Lucas 1, 46-50.53-54

Isaías 61, 10-11: 10 «Reboso de gozo en el Señor, y mi alma se **alegra en mi Dios**, porque me ha vestido con ropaje de salvación, con manto de justicia me ha envuelto, como novio que se ciñe de diadema, como novia se adorna con sus joyas. 11 Lo mismo que la tierra echa sus brotes, y el huerto hace germinar sus semillas, así el Señor Dios hace germinar la justicia y la alabanza ante todas las naciones.»

1 Tesalonicenses 5, 16-24: “**16 Estad siempre alegres**, 17 Orad sin cesar. 18 Dad gracias a Dios por todo, porque eso es lo que Dios quiere de vosotros en Cristo Jesús. 19 No extingáis el Espíritu, 20 ni despreciéis las profecías; 21 sino examinad todas las cosas, retened lo bueno 22 y apartaos de toda clase de mal. 23 Que Él, Dios de la paz, os santifique plenamente, y que vuestro ser entero - espíritu, alma y cuerpo – se mantenga sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. 24 El que os llama es fiel, y por eso lo cumplirá.

Del Salmo responsorial, Lucas 1, 47.49: Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso (Magnificat de la Virgen, en el Salmo responsorial de hoy.)

**Estad siempre alegres en el Señor;
os lo repito, estad alegres.**

(Antífona de entrada de la Misa, Filipenses 4, 4-5).

**Reboso de gozo en el Señor,
Y mi alma se alegra en mi Dios,
porque me ha revestido con ropaje de salvación.**

(Isaías 61,10. Primera Lectura)

**Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador,
porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso.**

(Lucas 1, 47-49. Magnificat de la Virgen, Salmo responsorial de hoy)

1. La motivación de la alegría cristiana: el obrar de Dios en la historia a nuestro favor.

- La motivación o fuente de la alegría cristiana es clara: es el obrar de Dios en la historia, y, concretamente, porque “nos ha vestido con ropaje de salvación, porque nos ha envuelto con ropaje de justicia”; en la Biblia justicia equivale a santidad.

Así lo afirma la Virgen en su conocidísimo Canto del *Magnificat* que nos legó San Lucas en su evangelio: “Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador”. Como la Virgen habla de una experiencia gozosa en su vida - «porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso» (Lucas 1, 49)-, así nosotros pedimos a Dios que nos haga ver los verdaderos tesoros en nuestra vida, que Él nos ha dado. También en este tiempo que nos ha tocado vivir, los cristianos hemos de procurar “elevar nuestros sentimientos y afectos” de modo

que no pongamos el fundamento de nuestra alegría en algo que forme parte exclusivamente de la precariedad de esta vida, sino en los bienes y tesoros que dan el sentido cristiano a nuestras vidas.

- Se trata de una alegría que es fruto del Espíritu Santo, que es el «iconógrafo», es decir, quien dibuja en nosotros la imagen de Cristo. San Pablo afirma en su Carta a los Gálatas (5,22): “Los frutos del Espíritu Santo son: la caridad, el gozo, la paz”.
- Se entiende que el mismo Pablo pueda decir que “estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones”. Y en la segunda Carta a los Corintios (7, 4) afirma que “no consiste el Reino de Dios en comer ni beber, sino que es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo” (Romanos 14,17). Por ello es necesario elevar los sentimientos y afectos para encontrar la alegría cristiana. “Los justos se alegran, se deleitan en la presencia de Dios y se gozan con alegría” (Salmo 68 [Vg 67], 4).
 - **La alegría cristiana procede del abandono en Dios**
- Camino 659: La alegría que debes tener no es esa que podríamos llamar fisiológica, de animal sano, sino otra sobrenatural, que procede de abandonar todo y abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios.

2. La alegría y el júbilo en María provienen de que se siente amada por el Creador ¹

Cfr. Raniero Cantalamessa, *El Misterio de Navidad*, Edicep, Valencia septiembre 1996, Capítulo II, pp. 5-32

El cántico de María contiene una mirada nueva sobre Dios y sobre el mundo: en la primera parte, que comprende los versículos 46-50, en consonancia con lo que ha tenido lugar en ella, la mirada de María se pone en Dios; en la segunda parte, que comprende los restantes versículos, su mirada se pone en el mundo y en la historia.

❖ Una nueva mirada sobre Dios (vv. 46-50) pp. 9-13

- **Dios se presenta como «misterio tremendo y fascinante», tremendo por su majestad y fascinante por su bondad. El Dios Santo y Poderoso es, al mismo tiempo, mi salvador.**
 - **En el *Magnificat* ha quedado «plasmada» para siempre una experiencia de Dios sin precedentes y sin parangón en la historia.**

El primer movimiento del *Magnificat* es hacia Dios; Dios tiene el primado absoluto sobre todo. María no tarda en responder al saludo de Isabel; no entra en diálogo con los hombres, sino con Dios. No se detiene en nada intermedio, sino que de inmediato se fija en Dios. Ella recoge su alma y deja que se sumerja en el infinito, en Dios. En el *Magnificat* ha quedado «plasmada» para siempre una experiencia de Dios sin precedentes y sin parangón en la historia. (...) Se ve a Dios como «*Adonai*» (que dice mucho más que nuestro «Señor» con el que se traduce), como «Dios», como «Poderoso» y, sobre todo, como *Qâdôsh*, «Santo»: *Su nombre es Santo*. Una palabra que envuelve todo ese silencio espantoso. (...)

- **El conocimiento de Dios provoca, por reacción y contraste, una nueva percepción y un nuevo conocimiento de uno mismo y del propio ser, que es el verdadero. En presencia de Dios, la criatura se conoce finalmente a sí misma en la verdad. «Que te conozca a ti y me conozca a mí» (San Agustín).**

El conocimiento de Dios provoca, por reacción y contraste, una nueva percepción y un nuevo conocimiento de uno mismo y del propio ser, que es el verdadero. (...) En presencia de Dios, pues, la criatura se conoce finalmente a sí misma en la verdad. Y vemos que así sucede también en el *Magnificat*. María se siente «mirada» por Dios, entra ella misma en aquella mirada, se ve como la ve Dios. ¿Y cómo se ve a sí misma bajo esta luz divina? Como «pequeña» («humildad» aquí significa realmente pequeñez y bajeza, no alude a la virtud de la humildad) y como «Sierva». Se percibe como un pequeño nada al que Dios se ha dignado mirar.

¹ Cfr. Salmo Responsorial de la Misa de hoy: Lucas 1, 46-48.49-50.53-54: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador”

(...) San Agustín oraba a Dios diciendo: «Que te conozca a ti y me conozca a mí» (*Noverim te, noverim me*)². Ninguno de los dos conocimientos puede prescindir del otro: el conocimiento de Dios, sin el conocimiento de uno mismo generaría presunción; el conocimiento de uno mismo, sin el conocimiento de Dios generaría desesperación.

- **María inaugura el «misterio de la piedad»: el pecado, la impiedad consiste en no glorificar ni dar gracias a Dios, sino en vanagloriarse de los propios pensamientos, poniendo a la criatura en el mismo plano que el Creador.**

En las palabras de María brilla, pues, con una nueva luz, la verdad de las cosas; es «liberada la verdad que estaba prisionera de la injusticia» (cfr. Romanos 1, 18ss.). El pecado - dice san Pablo- es la impiedad; es tener prisionera la verdad de Dios en la injusticia, y consiste en no glorificar ni dar gracias a Dios, sino en vanagloriarse de los propios pensamientos, poniendo a la criatura en el mismo plano que el Creador. María inaugura el «misterio de la piedad» que será realizado divinamente por el Hijo. Ella reconoce a Dios como Dios y a sí misma como criatura de Dios, reconoce la infinita distancia que existe entre ambos; todo lo atribuye a Dios y nada a sí misma, no sólo en el campo del ser, sino también en el del obrar. Por eso dice: *Ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso*. Dios es el autor, el agente principal; ella es sólo el «lugar» («en mí») en el que Dios actúa, aunque es un lugar libre que, por esa misma razón, colabora con Dios con su disponibilidad absoluta y con su sí. María «ha reconocido el poder y la majestad de Dios sobre Israel» (cfr. Salmo 68, 35). (...)

- **La alegría y el júbilo en María provienen de que se siente amada por el Creador**

(...) *Mi espíritu se alegra...* Alegría incontenible de la verdad, alegría por el obrar divino, alegría de la alabanza pura y gratuita. (...) El júbilo de María es el júbilo de la criatura que se siente amada por el Creador (...)

3. La alegría en san Pablo, en la «Domenica Gaudete»³, en el corazón de la liturgia del Adviento: «estad siempre alegres en el Señor. El Señor está cerca».

Cfr. Benedicto XVI, Meditación, 3 de octubre de 2005

❖ Una alegría más grande que el sufrimiento y la tribulación.

Aquí sentimos el motivo del por qué Pablo con todos sus sufrimientos, con todas sus tribulaciones sólo podía decir a los demás «Estad siempre alegres en el Señor»: lo podía decir porque en él mismo la alegría era presente «Estad siempre alegres en el Señor».

Si el amado, el amor, el más grande don de mi vida, está cerca de mí, si puedo estar convencido que quien me ama está cerca de mí, aunque esté afligido, queda en el fondo del corazón la alegría que es más grande que todos los sufrimientos.

- **Para todos nosotros son verdaderas las palabras del Apocalipsis⁴: llamo a tu puerta, escúchame, ábreme. Es una invitación a darnos cuenta de la presencia del Señor que llama a nuestra puerta.**

El apóstol puede decir «gaudete» porque el Señor está cerca de cada uno de nosotros. Y así este imperativo, en realidad, es una invitación a darse cuenta de la presencia del Señor en nosotros. Es la conciencia de la presencia del Señor. El apóstol busca hacernos conscientes de esta presencia de Cristo -

² San Agustín, *Sol.* II, 1, 1; PL 32, 885.

³ «Domenica gaudete»: Domingo del «alegraos». Así se ha llamado tradicionalmente al domingo III de Adviento, por esas palabras de san Pablo de la Carta a los Filipenses que aparecen en la Liturgia: en la Antífona de entrada de la Carta a los Filipenses, y en la segunda Lectura de la Misa, de la Carta a los Tesalonicenses.

⁴ Nota de la redacción de **Vida Cristiana**: Apocalipsis 3, 20: «Mira, estoy a la puerta y llamo: si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo». «La imagen de Cristo llamando a la puerta es una de las más bellas y enternecedoras de la Biblia. (...) Es un modo de expresar el afán divino que nos llama a una intimidad mayor, y lo hace de mil formas a lo largo de nuestra vida. «Poco a poco el amor de Dios se palpa- aunque no es cosa de sentimientos -, como un zarpazo en el alma. Es Cristo que nos persigue amorosamente: he aquí que estoy a la puerta y llamo» (San Josemaría Escrivá, es Cristo que pasa, n.8)” (Nuevo Testamento, Eunsa 2004, Nota Apocalipsis 3, 14-22)

escondida pero bastante real - en cada uno de nosotros. Para todos nosotros son verdaderas las palabras del Apocalipsis: llamo a tu puerta, escúchame, ábreme.

- **Una alegría más potente que todas las tristezas del mundo, de nuestra misma vida.**

Es, por esto, una invitación a ser sensibles por esta presencia del Señor que toca a mi puerta. No debemos ser sordos ante Él, porque los oídos de nuestros corazones están tan llenos de tantos ruidos del mundo que no podemos escuchar esta silenciosa presencia que toca a nuestras puertas. Reflexionemos, en el mismo momento, si estamos realmente dispuestos a abrir las puertas de nuestro corazón; o quizás nuestro corazón está lleno de tantas otras cosas que no hay espacio para el Señor y por el momento no tenemos tiempo para el Señor. Y así, insensibles, sordos ante su presencia, llenos de otras cosas, no escuchamos lo esencial: Él toca a la puerta, está cerca de nosotros y así está cerca la verdadera alegría que es más potente que todas las tristezas del mundo, de nuestra misma vida. (...)

4. Pablo VI, Exhortación Apostólica «Gaudete in Domino», 9 de mayo de 1975.

- **Existen diversos grados en la «felicidad». Las alegrías naturales - humanas - y la alegría en Cristo.**
 - **n. 6.** Como es sabido, existen diversos grados en esta «felicidad». Su expresión más noble es la alegría o «felicidad» en sentido estricto, cuando el hombre, a nivel de sus facultades superiores, encuentra su satisfacción en la posesión de un bien conocido y amado [Cf. **SanTomás, Suma teológica, I-II, q. 31, a. 3**]. De esta manera el hombre experimenta la alegría cuando se halla en armonía con la naturaleza y sobre todo la experimenta en el encuentro, la participación y la comunión con los demás. Con mayor razón conoce la alegría y felicidad espirituales cuando su espíritu entra en posesión de Dios, conocido y amado como bien supremo e inmutable [**Santo Tomás, ibíd. II-II, q. 28, a. 1 y 4**]. Poetas, artistas, pensadores, hombres y mujeres simplemente disponibles a una cierta luz interior, pudieron, antes de la venida de Cristo, y pueden en nuestros días, experimentar de alguna manera la alegría de Dios.
 - **n. 8.** La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tiene otro origen. Es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos. Esto llega a veces hasta la angustia y la desesperación que ni la aparente despreocupación ni el frenesí del gozo presente o los paraísos artificiales logran evitar. ¿Será que nos sentimos impotentes para dominar el progreso industrial y planificar la sociedad de una manera humana? ¿Será que el porvenir aparece demasiado incierto y la vida humana demasiado amenazada? ¿O no se trata más bien de soledad, de sed de amor y de compañía no satisfecha, de un vacío mal definido?
 - **El cristiano podrá purificar, completar y sublimar las alegrías naturales, pero no puede despreciarlas. La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales. Frecuentemente Cristo ha anunciado el Reino de los Cielos a partir de ellas.**
 - **n. 12.** Sería también necesario un esfuerzo paciente para aprender a gustar simplemente las múltiples alegrías humanas que el Creador pone en nuestro camino: la alegría exultante de la existencia y de la vida; la alegría del amor honesto y santificado; la alegría tranquilizadora de la naturaleza y del silencio; la alegría a veces austera del trabajo esmerado; la alegría y satisfacción del deber cumplido; la alegría transparente de la pureza, del servicio, del saber compartir; la alegría exigente del sacrificio. El cristiano podrá purificarlas, completarlas, sublimarlas: no puede despreciarlas. La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales. Frecuentemente, ha sido a partir de éstas como Cristo ha anunciado el Reino de los cielos.
 - **El hombre puede verdaderamente entrar en la alegría acercándose a Dios y apartándose del pecado.**
 - **n. 15.** El hombre puede verdaderamente entrar en la alegría acercándose a Dios y apartándose del pecado. Sin duda alguna «la carne y la sangre» son incapaces de conseguirlo (cf *Mt* 16, 17). Pero la Revelación puede abrir esta perspectiva y la gracia puede operar esta conversión. Nuestra intención es precisamente invitaros a las fuentes de la alegría cristiana. ¿Cómo podríamos hacerlo sin ponernos nosotros mismos frente al designio de Dios y a la escucha de la Buena Nueva de su Amor?.

○ **La alegría de Jesús**

- **El, palpablemente, ha conocido, apreciado, ensalzado toda una gama de alegrías humanas, de esas alegrías sencillas y cotidianas que están al alcance de todos.**

• **n. 23.** Hagamos ahora un alto para contemplar la persona de Jesús, en el curso de su vida terrena. El ha experimentado en su humanidad todas nuestras alegrías. El, palpablemente, ha conocido, apreciado, ensalzado toda una gama de alegrías humanas, de esas alegrías sencillas y cotidianas que están al alcance de todos. La profundidad de su vida interior no ha desvirtuado la claridad de su mirada, ni su sensibilidad. Admira los pajarillos del cielo y los lirios del campo. Su mirada abarca en un instante cuanto se ofrecía a la mirada de Dios sobre la creación en el alba de la historia. El exalta de buena gana la alegría del sembrador y del segador; la del hombre que halla un tesoro escondido; la del pastor que encuentra la oveja perdida o de la mujer que halla la dracma; la alegría de los invitados al banquete, la alegría de las bodas; la alegría del padre cuando recibe a su hijo, al retorno de una vida de pródigo; la de la mujer que acaba de dar a luz un niño. Estas alegrías humanas tienen para Jesús tanta mayor consistencia en cuanto son para él signos de las alegrías espirituales del Reino de Dios: alegría de los hombres que entran en este Reino, vuelven a él o trabajan en él, alegría del Padre que los recibe. Por su parte, el mismo Jesús manifiesta su satisfacción y su ternura, cuando se encuentra con los niños deseosos de acercarse a él, con el joven rico, fiel y con ganas de ser perfecto; con amigos que le abren las puertas de su casa como Marta, María y Lázaro.

- **La felicidad mayor de Jesús: ver la acogida que se da a la Palabra, la liberación de los posesos, la conversión de una mujer pecadora y de un publicano como Zaqueo, la generosidad de la viuda.**

Su felicidad mayor es ver la acogida que se da a la Palabra, la liberación de los posesos, la conversión de una mujer pecadora y de un publicano como Zaqueo, la generosidad de la viuda. El mismo se siente inundado por una gran alegría cuando comprueba que los más pequeños tienen acceso a la revelación del Reino, cosa que queda escondida a los sabios y prudentes (*Lc* 10,21). Sí, «habiendo Cristo compartido en todo nuestra condición humana, menos en el pecado» [*Plegaria eucarística n. IV; cf. Heb 4,15*], él ha aceptado y gustado las alegrías afectivas y espirituales, como un don de Dios. Y no se concedió tregua alguna hasta que no «hubo anunciado la salvación a los pobres, a los afligidos el consuelo» (*cf. Lc* 14,18). El evangelio de Lucas abunda de manera particular en esta semilla de alegría. Los milagros de Jesús, las palabras del perdón son otras tantas muestras de la bondad divina: la gente se alegraba por tantos portentos como hacía (*cf. Lc* 13,17) y daba gloria a Dios. Para el cristiano, como para Jesús, se trata de vivir las alegrías humanas, que el Creador le regala, en acción de gracias al Padre.

- **El secreto de la insondable alegría que Jesús lleva dentro de sí: es el amor inefable con que se sabe amado por su Padre.**

• **n. 24.** Aquí nos interesa destacar el secreto de la insondable alegría que Jesús lleva dentro de sí y que le es propia. Es sobre todo el evangelio de san Juan el que nos descubre el velo, descubriéndonos las palabras íntimas del Hijo de Dios hecho hombre. Si Jesús irradia esa paz, esa seguridad, esa alegría, esa disponibilidad, se debe al amor inefable con que se sabe amado por su Padre. Después de su bautismo a orillas del Jordán, este amor, presente desde el primer instante de su Encarnación, se hace manifiesto: «Tu eres mi hijo amado, mi predilecto» (*Lc* 3,22). Esta certeza es inseparable de la conciencia de Jesús. Es una presencia que nunca lo abandona (*cf. Jn* 16,32). Es un conocimiento íntimo el que lo colma: «El Padre me conoce y yo conozco al Padre» (*Jn* 10,15). Es un intercambio incesante y total: «Todo lo que es mío es tuyo, y todo lo que es tuyo es mío» (*Jn* 17,19). El Padre ha dado al Hijo el poder de juzgar y de disponer de la vida. Entre ellos se da una inhabitación recíproca: «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (*Jn* 14,10). En correspondencia, el Hijo tiene para con el Padre un amor sin medida: «Yo amo al Padre y procedo conforme al mandato del Padre» (*Jn* 14,31). Hace siempre lo que place al Padre, es ésta su «comida» (*cf. Jn* 8,29; 4,34). Su disponibilidad llega hasta la donación de su vida humana, su confianza hasta la certeza de recobrarla: «Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida, para recobrarla de nuevo» (*Jn* 10,17). En este sentido, él se alegra de ir al padre. No se trata, para Jesús, de una toma de conciencia efímera: es la resonancia, en su conciencia de hombre, del amor que él conoce desde siempre, en cuanto Dios, en el seno de Padre: «Tú me has amado antes de la creación del mundo» (*Jn* 17,24). Existe una relación incommunicable de amor, que se confunde con su existencia de Hijo y que constituye el secreto de la vida trinitaria: el Padre aparece en ella como el que se da al Hijo, sin reservas y sin intermitencias, en un palpar de generosidad

gozosa, y el Hijo, como el que se da de la misma manera al Padre con un impulso de gozosa gratitud, en el Espíritu Santo.

- **La participación en la alegría de Cristo de los discípulos y de todos cuantos creen en Cristo. Es la alegría del Reino de Dios, que es concedida a lo largo de un camino escarpado y que requiere una confianza total en el Padre y en el Hijo.**

- **n. 25.** De ahí que los discípulos y todos cuantos creen en Cristo, estén llamados a participar de esta alegría. Jesús quiere que sientan dentro de sí su misma alegría en plenitud: «Yo les he revelado tu nombre, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y también yo esté en ellos» (Jn 17,26).
- **n. 26.** Esta alegría de estar dentro del amor de Dios comienza ya aquí abajo. Es la alegría del Reino de Dios. Pero es una alegría concedida a lo largo de un camino escarpado, que requiere una confianza total en el Padre y en el Hijo, y dar una preferencia a las cosas del Reino. El mensaje de Jesús promete ante todo la alegría, esa alegría exigente; ¿no se abre con las bienaventuranzas? «Dichosos vosotros los pobres, porque el Reino de los cielos es vuestro. Dichosos vosotros lo que ahora pasáis hambre, porque quedaréis saciados. Dichosos vosotros, los que ahora lloráis, porque reiréis» (Lc 6,20-21).

5. Aún en las etapas duras de la vida, siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado.

Cfr. Exhortación Apostólica de Francisco «Evangelii gaudium» (24 de noviembre de 2013)

n. 6. Hay cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua. Pero reconozco que la alegría no se vive del mismo modo en todas las etapas y circunstancias de la vida, a veces muy duras. Se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo. Comprendo a las personas que tienden a la tristeza por las graves dificultades que tienen que sufrir, pero poco a poco hay que permitir que la alegría de la fe comience a despertarse, como una secreta pero firme confianza, aun en medio de las peores angustias: «Me encuentro lejos de la paz, he olvidado la dicha [...] Pero algo traigo a la memoria, algo que me hace esperar. Que el amor del Señor no se ha acabado, no se ha agotado su ternura. Mañana tras mañana se renuevan. ¡Grande es su fidelidad! [...] Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor» (Lamentaciones 3,17.21-23.26).

6. Los primeros cristianos anunciaron la alegría de su comunión con Cristo

Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica

- **n. 425.**: «Anunciar... la inescrutable riqueza de Cristo» (Efesios 3, 8) - La transmisión de la fe cristiana es ante todo el anuncio de Jesucristo para llevar a la fe en El. Desde el principio, los primeros discípulos ardieron en deseos de anunciar a Cristo: «No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hechos 4, 20). Y ellos mismos invitan a los hombres de todos los tiempos a entrar en la alegría de su comunión con Cristo:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida -pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y se nos manifestó-, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestro gozo sea completo (1 Juan 1, 1-4).

- **La Iglesia es comunión con Jesús, que nos asocia a su vida, dándonos parte en su alegría**

- **n. 787.** La Iglesia es comunión con Jesús - Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida (Cf Marcos 1, 16-20; 3, 13-19; les reveló el Misterio del Reino (Cf Mateo 13, 10-17); les dio parte en su misión, en su alegría (Cf Lucas 10, 17-20) y en sus sufrimientos (Cf Lucas 22, 28-30). Jesús habla de una comunión todavía más íntima entre El y los que le sigan: «Permaneced en mí, como yo en vosotros... Yo soy la vid y vosotros los sarmientos» (Juan 15, 4-5). Anuncia una comunión misteriosa y real entre su propio cuerpo y el nuestro: «Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Juan 6, 56).

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana